



Cambio de Esposos

Leatrice Joy Victor Varconi
Raymond Griffith



25
CTS



IRIBE, Paul
URSON, Frank

LA NOVELA PARAMOUNT

Publicación semanal de Argumentos de Películas
de la marca

Núm.
36

PARAMOUNT

25
Cts.

EDICIONES BISTAGNE

PASAJE DE LA PAZ, 10 BIS — BARCELONA

Cambio de esposos

CHANGING HUSBANDS, (1924)

Comedia frívola, interpretada por la
bella artista LEATRICE JOY y el
simpático galán VICTOR VARCONI,
entre otros notables actores

Es un film PARAMOUNT

distribuido por

PARAMOUNT FILMS, S. A.



IMPRENTA BADIA
Dr. Dou, 14 - Barcelona

Revisado
por la censura gubernativa

Cambio de esposos

Argumento de la película

Esta es la historia de dos mujeres jóvenes y agraciadas que tenían un sorprendente parecido, los mismos gestos, la misma voz... En suma, parecían una sola persona.

Oliverio Everett, riquísimo muchacho, se casó con el único y exclusivo objeto de tener una casa en las afueras para él solo... Y así era la mayor parte del tiempo.

Mientras su esposa permanecía en su vivienda de la ciudad, Oliverio gozaba de las comodidades de una existencia solitaria en Long Island.

Genoveva Everett, su mujer, tenía a su disposición todo cuanto deseaba, pero quería más de lo que tenía.

Una inmensa afición invadía su vida: la del teatro. Se estaba preparando ahora con cre-

iente interés para tomar parte en cierta representación teatral, en el Club de las Almas Estéticas.

Esta pasión y la del lujo, eran las dos luces de su existencia.

Cierto día, estaba ensayando la "pose" de su papel de comediante. Vestía con un boato indescriptible, y, un pintor, el príncipe Kofski, que era su profesor de estética, dibujaba magníficos arabescos en sus piernas.

Complacida por su trabajo, Genoveva le dijo:

—Tiene usted que firmar este dibujo, príncipe Kofski... Ha realizado una obra de arte.

El príncipe firmó y, mientras su pincel señalaba el nombre sobre la finísima carne, entró, de regreso de una de sus excursiones al campo, el señor Everett.

Genoveva sonrió y les presentó:

—Alteza, permitid que os presente a mi esposo.

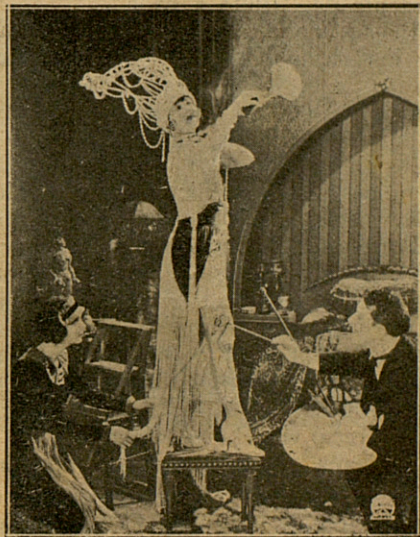
—Le felicito, caballero — dijo el príncipe —. Su esposa, tiene los ojos, la boca, la nariz y la expresión de artista.

—Ah, ya comprendo ahora por qué le pinta usted las pantorrillas! — dijo Oliverio un poco amoscado.

Viendo la frialdad con que le trataban el príncipe despidióse del matrimonio y se alejó.

Momentos después entraba Algernon Smith Curties, un actor aficionado, a quien le gustaban los papeles de peso.

Saludó a los esposos e introduciendo su cuerpo dentro de una armadura se preparó para ensayar su papel de Ricardo III en la obra "Junto a nada".



—Tiene usted que firmar este dibujo, príncipe...

Pero Oliverio no estaba dispuesto aquella vez a que continuasen los ensayos en su casa. A pesar de las sordas protestas de Genoveva, dijo al actor:

—Ricardo III, lo siento mucho, pero mi mujer tiene una jaqueca horrible.

—Con jaqueca o sin ella tiene que ensayar... Después del mío, su papel es el más importante de "Junto a nada".

—Pues... nada... nada... Hoy se han acabado los ensayos... Y... buenas tardes, señor.

Furioso Algernon se libró del peso de la armadura y salió de allí maldiciendo a los maridos tiranos.

Y quien quedó maldiciéndolos también fué Genoveva.

—Por favor, Oliverio, no me desesperes —decía ella—. ¡Acabas de hacer el más espantoso ridículo!

—Yo no puedo permitir —dijo él—, que te presentes en público tan ligera de ropa... Si fueses una actriz profesional la cosa cambiaría de aspecto...

Ella pareció ver el cielo abierto.

—¿Quieres decir que no te opondrías a que me dedicase al teatro?

—Para que se te fueran esos pajarracos de la cabeza, tal vez no... Pero sólo por un período de tres meses.

—¡Oliverio, quiero ser cómica!

—Con tres meses puede que tengas suficiente para curarte esta manía. Y si después de los tres meses quieres pegar fuego al escenario yo te proporcionaré los fósforos para ello.

Ella rió de gozo. Los espejuelos brillaban

ante sus ojos. ¡La gloria! ¡Qué hermosa era!

—¿Me prometes que te ausentarás de Nueva York dejándolo todo en mis manos — con excepción de las cuentas — durante estos tres meses? — dijo Genoveva.



—¡Oliverio, quiero ser cómica!

—Haremos la prueba. Y volverás curada para siempre.

Y al día siguiente, Oliverio partió de su casa y Genoveva comenzó su vida de arte.

Representó la comedia "Junto a nada" en "El Club de las Almas Estéticas", y tuvo éxito. Pero éste no acababa de convencerla. Ella que-

ría un contrato formal, algo que la llevara de pronto en pleno éxito de la profesión.

Comenzó a recorrer todos los teatros en busca de un contrato que no llegaba nunca.

Al cabo de unas semanas, Genoveva seguía esperando que los empresarios se la disputasen, pero en honor a la verdad ninguno había mostrado la menor intención de pelearse por ella.

Cierta tarde se dirigió a uno de los teatros. Estaban ensayando un drama. Acomodóse Genoveva en una butaca y escuchó los lamentables acentos de una obra romántica.

Vió aparecer una mujer en el escenario y sus ojos parpadearon con la más viva sorpresa al ver que era de parecido exacto al suyo. Palpóse instintivamente la ropa creyendo en algo sobrenatural... pero no... no... ella era Genoveva... y, en cambio, sobre las tablas había una mujer que tenía exactamente su mismo tipo y facciones. ¡Oh, milagro!

La muchacha, que se parecía como una gota de agua a otra gota a Genoveva de Everett, era Eva Graham que había estudiado para el teatro en su aldea en donde el concepto del arte era muy distinto que en Broadway.

Con la mayor emoción Genoveva asistió al ensayo... ¡Aquella mujer parecía su otro yo!

Desgraciadamente, Eva no era gran cosa como artista. Tuvo que repetir tres veces una fuerte escena en que la actriz debía gritar:

—Ella no es la culpable. Yo rapté a la criatura.

Lo hacía tan desastrosamente, de modo tan chabacano, que el director tenía ganas de abofetearla.

Cuando ella terminó, gritó el director:

—Por dios, señorita Graham, peor que esto no puede ser.

Eva, que si bien carecía de dotes dramáticas era una dulce ingenua, respondió:

—¿Cree usted que lo dije peor esta vez?

—Lo dijo usted peor que peor.

—¿Qué le parece si volviésemos a probar?

—¡No... no... por hoy basta!... Y si mañana en el ensayo general no lo hace usted mejor, buscaré quien lo haga.

Eva le miró furiosa y echándose a llorar dijo:

—¡Ojalá no hubiese nunca puesto los pies en un escenario!

Y dirigióse a su camarín, enrojecidos los ojos por el fracaso.

Genoveva meditó unos momentos... Una idea fué formándose en su imaginación. Aquella mujer que parecía ella misma, ¿no podía ser una solución a sus anhelos de contrata? Sonrió ligeramente. Y decidida y sin miedo, dirigióse al camarín donde Eva se desvestía presa de mal humor.

Entró sin llamar y Eva contempló asombrada a aquella mujer absolutamente igual a ella misma. Diablos, ¿qué milagro era aquél? ¿Tenía un espejo delante?

—No se asuste — dijo Genoveva, riendo—. ¡Soy yo!

—Bien. ¿Y quién es usted?

—Para hablar de esto precisamente he venido...

Se miraban las dos con honda curiosidad e interés. ¿Dónde hubo dos mujeres tan iguales?

—Soy una mujer de pocas palabras — dijo Genoveva—. Todo lo que tiene usted que hacer es escuchar.

—Usted dirá... — respondió Eva, sorprendida.

—Cuando la vi a usted en el escenario parece ser que Dios me deparó una luminosa idea. Usted dijo que ojalá no hubiese puesto nunca los pies en un escenario.

—Sí, con sólo verlo me disgusta...

—Pues yo me vuelvo loca por poder estar en él todo el día.

—¿Y qué?...

—Voy a hacerle a usted una proposición. Tengo tanto dinero que no sé cómo gastarlo... Vamos a cambiar de personalidad y no tendrá usted necesidad de volver a pisar las tablas de un teatro.

—Esto es imposible — dijo Eva, asombrada—. Nos descubrirían en seguida.

—¡Oh, qué miedo! Nos parecemos las dos como los ojos de la cara... ¿no es verdad? Entonces...

—Eso sí, pero...

En aquel instante llamaron a la puerta y

Eva salió al pasillo donde encontró a su más constante adorador.

Era éste Roberto Hamilton, más supersticioso que un torero... Se enamoró de Eva una noche que la vio por encima de su hombro derecho.

—Eva — le dijo —, ponte tus mejores trapiños que vamos a ir a cenar al Pandora.

Y al propio tiempo le entregó un ramo de orquídeas.

Ella lo rechazó, furiosa.

—No me gustan las orquídeas — dijo—. Y yo no quiero ir a cenar al Pandora. Dentro de diez minutos nos veremos en el Lunch Rápido.

—Pero... Eva... escúcheme usted.

Ella le señaló un letrero que decía:

No estorbar en este lugar.

Y volvió a meterse en su camarín donde Genoveva había estado escuchando toda la conversación.

Genoveva le dijo riendo:

—¿De modo que no le gustan a usted los restaurantes elegantes y las cenas regadas con vino prohibido y amenizado con la música del jazz?

—A mí lo único que me gusta es vivir en paz y tranquilidad...

—Pues vamos a cambiar de personalidad... y así podrá usted tener paz y tranquilidad todos los días y algo más los domingos.

Vaciló Eva ante aquel plan audaz. ¿Y si se descubría?

—No tema usted — siguió diciendo Genoveva—. Si acepta mi proposición, vaya a esta dirección, en la Avenida del Parque, y allí le tendré preparada una buena ración de paz y tranquilidad. La espero mañana por la mañana.

Y saludándola afectuosamente abandonó el camarín. En el corredor encontró a una criada que la saludó diciendo:

—Buenas noches, señorita Eva...

Ella sonrió... El parecido era estupendo! ¡Ni el más lince adivinaba el cambio!

*
**

Genoveva vivía en uno de los barrios más lujosos de Nueva York, mantenida por su arte y principalmente por el talonario de cheques de Oliverio.

Delia, su doncella, conocía muy bien a su ama, de consiguiente, estaba perfectamente curada de espantos.

Su ama le explicaba ahora el proyecto de la sustitución.

—El parecido es perfecto. Eva Graham y yo nos parecemos tanto que cualquiera que no nos conociese nos tomaría por hermanas gemelas.

—Pero... ¿no habrá peligro, señorita?

—Ninguno... Y para mí es el éxito. Ella está contratada en el teatro, yo ocupo su puesto... y en paz... Si Eva está conforme en trocar nuestra personalidad, dentro de un año será famosa... y me mirarán con envidia las actrices más célebres del mundo.

Entretanto Roberto con Eva Graham había ido al restaurante Lunch Rápido a cenar. Era un establecimiento sencillo y sin pretensiones. Los dos cenaron unos platos modestos.

Roberto tenía dos supersticiones: Una de ellas era el encontrar un bizeo, y la otra tropezar con una bizca.

Por cierto que la camarera que les sirvió aquella noche era bizca. Y Roberto se alegró infinitamente pensando que las cosas le irían en lo sucesivo bien.

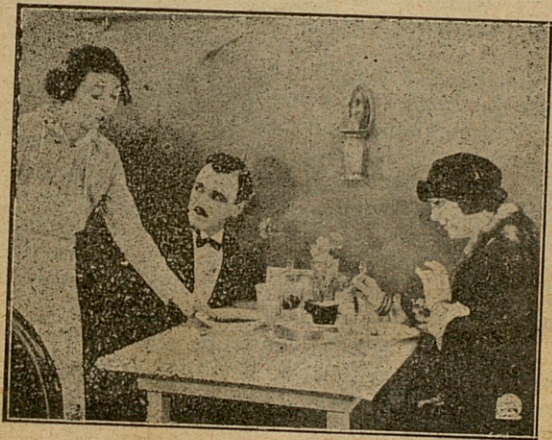
Luego dijo cariñosamente a Eva que parecía muy preocupada:

—Es una tontería comer en estos baratillos... ¿Por qué no quieres que te lleve al Ritz o a otro restaurante donde uno puede comer bailando?

—No me gustan los restaurantes lujosos, prefiero un lugar modesto para comer con paz y tranquilidad.

—Pues lo que es tranquilidad hay aquí más que comida.

Eva sentía por Roberto una gran predilección a pesar de la aparente indiferencia con que le trataba. Como viese que el muchacho daba muestras de cansancio ella le dijo :



...la camarera que les sirvió aquella noche...

—Me parece que no te diviertes mucho conmigo, ¿no?... Soy una pobrecita muchacha de pueblo.

—Cleopatra también lo era y parece que todos los hombres se disputaban su compañía — respondió el joven.

Su asombro no tuvo límite al encontrarse con un hombre que la abrazaba y besaba cordialmente.

No pudo protestar, pensando que iba a comprometerse y a descubrir su superchería, pero al propio tiempo pensó en los gravísimos problemas que la vuelta del marido de Genoveva planteaban.

Las dos mujeres eran tan iguales, que Oliverio no adivinó el cambio, y creyó que quien estaba realmente ante él era Genoveva.

—Genoveva — le dijo volviendo a besarla —, lo siento mucho, pero me veo obligado a quebrantar la promesa que te hice.

Eva estaba horrorizada. Sus ojos miraban angustiados a la doncella Delia, que con signos le recomendaba silencio y calma... Ya buscarían una solución.

—Lee la carta que he recibido de mi madre — dijo Oliverio.

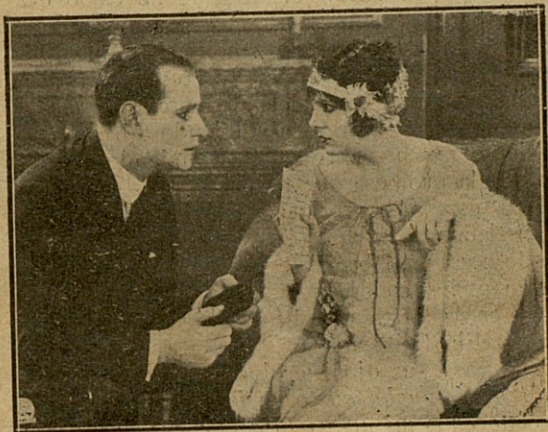
Ella pasó sus ojos nerviosos por el escrito :
...y tendré mucho gusto en ir a esa, pues quiero conocer a mi nueva hija. Te encargo besos a Genoveva en mi nombre y dile que espero darle muchos besos personalmente cuando llegue a esa, pues tengo la seguridad de que has sabido escoger una esposa buena y bella. Ve al muelle a esperarme el próximo miércoles.

Tu amante madre.

—¿Vas a traer a tu madre aquí? — dijo Eva, horrorizada—. Supongo que no harás semejante cosa.

—No voy a traerla aquí, pero tú regresarás a Long Island con nosotros.

El terror se reflejó en las facciones de ella. ¡Era tener que convivir con un hombre que no era el marido!



—¿Vas a traer a tu madre aquí?

—No más que por una corta semana, amor mío... Tú podrás regresar a Nueva York, en seguida... Vamos Genoveva... ahora me voy... y a las siete y media estaré aquí con mi madre... Procura tenerlo todo arreglado para cuando lleguemos.

Salió Oliverio, después de besarla, y Eva

comentó con la criada la gravísima situación. ¡Terrible conflicto! Era preciso advertir inmediatamente a la verdadera esposa.

Llamó, pues, al teatro... Genoveva, que se disponía a salir con Roberto, corrió al aparato y escuchó:

—Nue... nues... nuestro marido... — dijo la voz de Eva — Su marido... ha estado aquí... Ha hecho que regresaría a las siete y cuarto... ¿Qué me aconseja hacer?

Una viva contrariedad se apuntó en sus labios. Pero Genoveva respondió:

—No se apure... Estaré allá mucho antes de las siete y cuarto...

Dejó el teléfono y marchó con Roberto hacia el restorán. Sentía la alegría de vivir una vida artificial, una vida nueva que nunca había probado... Y, por su parte, Roberto aparecía maravillado de que el carácter de Eva se hubiese transformado de tal modo.

¡El carácter y los vestidos! ¿Pues qué? ¿No llevaba ahora trajes verdaderamente espléndidos?

—Pero... ¿qué lujo y qué elegancia! — le dijo él cuando se sentaron en "El Pandora" — ¿Y todo esto con cincuenta dólares a la semana? ¿Cómo haces el milagro!

—Te diré... Ese traje lo he sacado del guardarropa del teatro... Si se entera el vicé empresario no va a ser pequeña la bronca que armará.

Cenaron espléndidamente... Bailaron mu-

cho... Los dos se sentían felices... Y a las siete y diez minutos, la nueva Eva Graham había olvidado por completo que en el mundo existiesen esos seres antipáticos llamados maridos.

El espectáculo de lujo y alegría que reinaba en "El Pandora", la aturdió indeciblemente.

Y, mientras tanto, en el hogar de la paz y tranquilidad, la verdadera Eva Graham paseaba como una loca. ¡Las siete y diez y Genoveva sin venir!... ¿Qué iba a pasar allí si volvía el marido con la suegra?

—Se acabó la farsa — dijo de pronto, requiriendo su sombrero y su abrigo—. ¡Lo del esposo y de la suegra no estaba en el trato!

La doncella Delia le advirtió:

—Si usted marcha, yo seguiré. La señorita Genoveva me dijo que de ninguna manera la dejase a usted... Sus órdenes son siempre órdenes.

—Venga usted conmigo, pero yo no estoy aquí ni un momento más.

Eva escribió algo en un papel y marcharon las dos. Al hallarse ante la verja, vieron que se detenía un automóvil y bajaban de él Oliverio y su madre.

Eva volvióse de todos los colores...

—¡Oh, Genoveva! — dijo el marido, sonriente—. ¡Qué buena has sido en venir a esperarnos!

Eva temblaba, pálida y angustiada...

Oliverio dijo después:

—Madre mía, esta es Genoveva...

La "suegra" abrazó cordialmente a Genoveva... y dijo, sonriente:

—Ya me cuidas mucho a mi hijito, ¿verdad?

La pobre Eva buscó algún sitio por donde huir, deseó que la tierra la tragase... pero, ¿cómo escapar que no se comprometiera gravemente? Y no tuvo otro remedio que subir al coche con su marido, la mamá política y Delia, dirigiéndose todos hacia Long Island.

Media hora después llegaban a la quinta que Oliverio tenía en los alrededores. La madre, sonriente, dijo a la supuesta Genoveva:

—Y qué, niña, ¿tiene Oliverio todavía la costumbre de levantarse temprano?

Eva enrojeció como la grana. Y negó... por decir algo.

—¿Y todavía sueña a gritos cuando duerme?

Eva negó también... Oliverio reía... reía...

—¡Cuánto me gusta que no le encuentres defectos a tu esposo! ¡Esto me demuestra, hija mía, que eres una buena esposa!

La muchacha sufría indeciblemente... ¡Huir, huir... este era su deseo! Adivinaba la proximidad de la noche... y se horrorizaba... ¿Qué iba a pasar allí?

Genoveva y Roberto continuaban aún en el Pandora. El muchacho, admirado por la alegría que había demostrado ella, le dijo: —Eva, esta noche estás completamente desconocida... Parece otra mujer... Vamos a casarnos... ahora mismo. —Ahora no puede ser... Procura recordármelo otro día.

Y se acordó que su marido a las siete y cuarto debía ir a su casa. Horrorizada, levantóse prestamente y huyó como una loca... Roberto, extrañado, pagó la cuenta y corrió en su persecución... Pero... ¿qué le pasaba a Eva?

Ella subió en automóvil y en otro coche, conducido precisamente por un bizzo, Roberto fué detrás.

Genoveva no supo nunca cómo había llegado a su casa... Los únicos que hubiesen podido dar detalles de ello eran los doce o trece policías de tráfico que encontró en el camino.

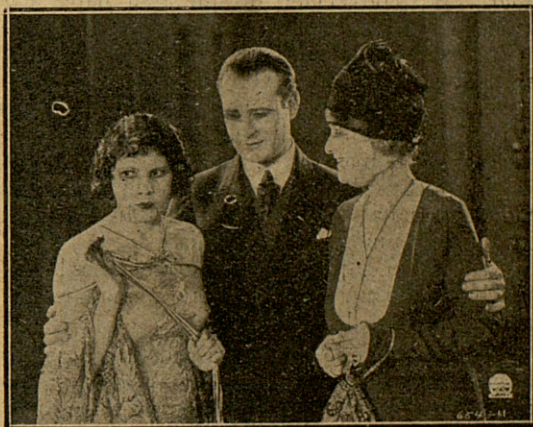
Subió por el ascensor dirigiéndose a sus habitaciones. No había nadie. Nerviosa, comenzó a investigar, pensando en lo que habría sucedido. Vió de pronto un papel escrito y se aba-

lanzó a cogerlo. Leyó:

No pudimos esperar más tiempo. Delia y yo nos hemos ido al hotel. No se preocupe.

Eva.

Genoveva se tranquilizó. ¡Menos mal! Su marido aun no habría regresado... Y se dispuso a esperarle tranquilamente.



—¡Cuánto me gusta que no le encuentres defectos a tu esposo!

Roberto había llegado a la portería. El portero, un cancerbero insolente, le prohibió el paso.

—¿Dónde va usted?

—Y a usted, ¿qué le importa? Voy a ver a la señorita Graham...

—¿Usted está loco! Aquí no vive ninguna señorita Graham...

—¡Sí, señor... Es la dama que acaba de subir...

—Aquella era la señora Everett...

Roberto creyó haber bebido más de lo regular. Pero convencido de que Eva había entrado en la casa, se dispuso a aprovechar cualquier descuido del portero para meterse en el ascensor y averiguar la verdad.

Allá en Long Island, Eva seguía sufriendo lo increíble... La madre de Oliverio se mostraba cordialísima con su nuera.

—Me alegro de que los padres de Genoveva lleguen mañana — dijo—. Así tendremos una verdadera reunión de la familia.

Eva tembló... ¡Nuevas complicaciones! Miraba buscando un sitio por donde escapar. Delia no la perdía de vista.

—Me parece que me voy a acostar en seguida — siguió diciendo la madre—. Además, supongo que vosotros querréis hacer lo mismo.

Eva sufría lo indecible. Llegaba el momento más trágico... el de la noche... ¿Cómo hacerlo para escapar?

Enloquecida, se dirigió a su habitación mientras la madre le decía a Oliverio:

—Genoveva es una muchacha encantadora...

Y mi instinto de madre me dice que has de ser muy feliz con ella.

—Creo que sí... — dijo Oliverio suspirando y acordándose de la pasión que la joven sentía por el teatro.

—Bien, hijo mío... ¿Os desayunáis como de costumbre a las nueve y media?

—Sí, mamá...

Se dieron un beso y Oliverio se dirigió lentamente a la alcoba nupcial.

Eva hablaba con su doncella.

—Delia, tiene que sacarme de aquí antes de que lleguen los padres de la señorita Everett — dijo—. ¿Qué situación más terrible! ¡Horrorosa! Y, además, Oliverio vendrá de un momento a otro... ¿Usted cree que voy a pasar la noche con él...? ¿Qué va a ocurrir, Dios mío?

La criada no perdía la serenidad.

—No se preocupe... Yo avisaré ahora mismo por teléfono a la señorita Everett... Entretanto, no se mueva usted de su habitación.

Delia salió y llegó, momentos después, Oliverio, abrazando cordialmente a la que creía su esposa; y le dijo:

—¿Estás empeñada en no dejar el teatro, Genoveva?... Yo querría que lo dejases y que estuvieras siempre a mi lado... como ahora.

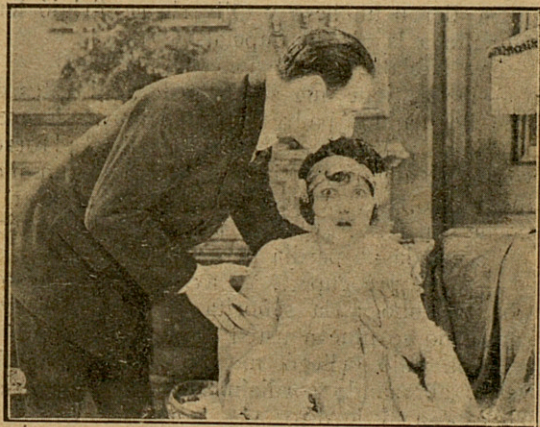
Ella callaba, atemorizada, sintiendo que, a pesar de todo, no le desagradaba aquel hombre.

Oliverio le dió un beso y se retiró a su cercano tocador... Eva quedó vacilante, emocio-

na, conviniendo en que aquel "marido" era bastante agradable.

Y entretanto, allá en Nueva York, Roberto había logrado burlar la vigilancia del portero y llegado a uno de los pisos donde vivió en la puerta un letrero que decía: "Everett".

Iba a averiguar la verdad de lo ocurrido. ¿Cómo Eva estaba en aquella casa?



—¿Estás empeñada en no dejar el teatro, Genoveva?

Entró tranquilamente en el cuarto y vió, de espaldas, a una mujer que hacía gimnasia, pues Genoveva tenía la costumbre de efectuar ejercicios antes de acostarse.

Ella dió un grito de horror al ver allí a aquel hombre... Roberto se alejó aterrorizado... Y tuvo que huir velozmente perseguido por el portero, sirviéndose del ascensor, hasta lograr, finalmente, ganar la calle y esperar en la acera. El no se movía de allí hasta el siguiente día, o hasta que Eva saliera.

Genoveva, tranquilizada ya, se disponía a meterse en cama, cuando llamaron al teléfono.

— Es Delia quien habla — dijo una voz — El señor Oliverio se creyó que Eva era usted, y la hizo venir a Long Island... La mamá de su esposo está aquí, y los papás de usted van a llegar por la mañana.

—¡Oh, Dios mío! ¡Voy corriendo!

Vistióse velozmente y salió de la casa, subiendo a un auto en dirección a Long Island. Pensaba en cosas terribles... ¡Ay, aquella noche!

Roberto, que la viera marchar, subió a una moto y fué, también, en su persecución.

Allá en Long Island, Eva se había desnudado vistiendo una bella camisa de dormir y se metía en el lecho... Oliverio no tardaría en llegar... Una inmensa turbación la invadía...

De pronto entró Oliverio. Encontraba algo nuevo y encantador en su mujer: le parecía más cariñosa que antes.

Quiso besarla, pero ella se cubrió, pudorosa... En aquel instante, la doncella Delia, queriendo salvar a la pobre Eva, llamó a la puerta y rogó a Oliverio la siguiese.

Ya en el pasillo, le dijo con muestras de misterio:

—¿Desea usted huevos con jamón o jamón con huevos para el desayuno?

—¡No deseo nada! — protestó el marido ante la estupidez de la criada.

—Bien, señorito, ¿a qué hora quiere usted que le llame?

—A ninguna hora.

Y volvió a meterse en la habitación. Eva le contempló con horror. ¡Ay, si un milagro no la salvaba!

Queriendo alejar de allí a su esposo, le dijo:

—¿Quieres traerme un vaso de agua muy caliente que me quite este frío que tengo?

—Sí, amor mío...

Salió él y Eva llamando a la criada la hizo meter en la cama embozándola hasta los cabellos. Y Eva escapó por una puerta lateral hacia otra habitación.

Poco después volvía el marido y después de dulces caricias desembozó la sábana viendo a la doncella.

—¿Qué hace usted aquí, so... atrevida? ¿Dónde está la señorita?

En aquel momento había llegado a la casa la verdadera Genoveva y poco después Roberto que entró también en su persecución.

Se encontraban los dos en el corredor y Eva escuchando pasos salió a su encuentro...

Roberto creyó estar loco. ¿Dos Evas? ¡Pero por Dios!

No tardó en aparecer Oliverio Everett que abrió unos ojos tamaños. ¿Dos Genovevas? ¡Válganos el Señor! ¿Le habría hecho daño el vino?

—¿Qué es eso? ¿Me he vuelto loco? — dijo de repente—. A ver, que venga un adivino, para que me diga cuál de ustedes es mi esposa.

Genoveva, la verdadera esposa, confesó entonces toda la verdad. El marido, riendo la aventura perdonó, al fin...

Y Eva y Roberto partieron de nuevo de la casa. Durante el camino hicieron propósitos de casamiento. Eva deseaba tener un maridito. Al día siguiente las bendiciones, ¿no?

Y en cuanto a Genoveva, lo ocurrido le sirvió para no intentar nuevas suplantaciones. Su puesto no estaba en la escena, sino en su casa... Al lado de su Oliverio, para que éste no se equivocase nunca más de esposa.

FIN

Próximo número:

La divertida comedia

¡ANDA, CASIANO!

por el formidable actor Wallace Beery

En breve, en las

SELECTAS EDICIONES ESPECIALES de
LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA
EL CAPITAN SORRELL

RETENGA USTED ESTE TÍTULO

Uno de los asuntos más humanos presentados en la pantalla. Un canto al amor de padre.

Preste atención al cuadro de artistas
que interpretan esta joya de
LOS ARTISTAS ASOCIADOS

H. B. Warner, Alice Joyce, Nils Asther,
Anna Q. Nilsson, Carmel Myers, etc.

¡Un éxito más para

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

que sólo publica en sus Ediciones Especiales

LO MEJOR!

[B.]